SOLEMNIDAD DE SAN JOSÉ
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
20 de marzo de 2017
2Sam 7, 4-5.12-14.16; Rom 4, 13:16-18:22; Mt 1, 16:18-21:24

En la primera lectura, hermanos y hermanas, hemos oído cómo Dios dirigía su palabra a David a través del profeta Natán. Y le prometía que después de su muerte, Dios daría firmeza al hijo que David había tenido y que sería su descendiente en el reino, y también que consolidaría el trono de su realeza haciéndolo firme para siempre. Lo recogía, también, el salmo responsorial cuando repetíamos las palabras: *Su linaje será perpetuo*. Pero, ¿dónde está ahora el trono de David? No hay ninguna monarquía que continúe esta realeza. ¿Es que no tiene valor la promesa que Dios hizo a David según la cual su *trono durará para siempre*?

La palabra profética que Dios dirigía a David apuntaba a una realidad superior. El *trono* de David acabó con la deportación a Babilonia unos cinco siglos después. A partir de entonces, no ha habido más una monarquía de la descendencia de David. La profecía, como digo, apuntaba a otra dimensión. La que hemos encontrado en el evangelio de hoy. José es llamado *hijo de David* porque es descendiente suyo, y por tanto de linaje real, *descendiente* de los reyes de Judá, tal como dice la genealogía que precede inmediatamente a las palabras del evangelio que acabamos de escuchar. José es *descendiente* de David, pero venido a menos, sin *trono*, sin poder, sin reino. A pesar de ser de familia real es el carpintero del pequeño pueblo de Nazaret. Sus manos no son finas como las de los reyes, ni sus vestidos delicados. Tiene la piel de los dedos endurecida de hacer virutas con la garlopa, de trabajar la madera y otros materiales cuando procede. Sin embargo, el hijo que María pondrá en el mundo y que él adoptará como padre, será descendiente de David por medio de él, será aquel rey bueno y justo que los profetas habían anunciado y habían cantado los salmos. Y la realeza de Jesús, sí que durará para *siempre*. Si bien de una manera muy diferente a las realezas humanas de ayer y de hoy. La profecía de Natán, con Jesús, llegará a su plenitud porque en ninguno como Jesús se hacen realidad aquellas palabras de Dios dirigidas a David y referentes a su descendiente: *Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo.* La filiación divina de Jesús supera todas las previsiones proféticas y mesiánicas.

José es el instrumento fiel y dócil a la voluntad de Dios que hace posible la inserción del hijo de María en el linaje de David. En el evangelio hemos oído cómo le era dicho: *tú le pondrás por nombre Jesús*. La prerrogativa de elegir y de imponer el nombre era del padre. Aquí el nombre la ha elegido Dios, el Padre del cielo. Pero José que recibe el encargo de imponérselo; es una manera de manifestar su paternidad sobre Jesús y de transmitirle, por tanto, el linaje de David. Con razón, pues, en la entrada a Jerusalén, el Domingo de ramos, será aclamado: *Hosanna al hijo de David! Bendito el que viene en nombre del Señor!* (Mt 21, 9).

La misión de San José, sin embargo, no es sólo que Jesús reciba de él la descendencia de David. En la cultura hebrea de aquel tiempo, el padre era el encargado de educar al hijo, de enseñarle a orar y a conocer las Escrituras para poder cumplir la voluntad de Dios. De la mano de José, Jesús aprendió a sentirse miembro del Pueblo de la alianza y relacionarse con los demás. De José, también, Jesús aprendió a trabajar manualmente, a conocer la dificultad del día a día. En esta educación, María colaboraba con su solicitud maternal y con el ejemplo de una mujer según el corazón de Dios. De ambos, Jesús aprendió a contemplar la belleza de los campos de Galilea con la hermosura de sus flores y con el vuelo y el canto de los pájaros del cielo. Y, en su humanidad, aprendió a descubrir el amor del Padre y su solicitud con la creación (Mt 6, 26-29).

En la profecía de Natán, de la primera lectura, había, todavía, otra afirmación que conviene destacar. Dios decía que el descendiente de David objeto de la profecía construiría *una casa a mi nombre*. Se refería, en primer lugar, al templo que Salomón, el primer rey descendiente de David, construiría en Jerusalén en honor de Dios. Pero también estas palabras apuntaban a una realidad superior: la casa de Dios que es la Iglesia, que Jesucristo -el hijo de David por excelencia- edificó *sobre el fundamento de los apóstoles y profetas* (Ef 2, 20). El conjunto de los cristianos de todos los tiempos formamos esta casa, o templo, espiritual que es la Iglesia habitada por el Espíritu Santo. Y así como San José fue fiel custodio de Jesús, lo protegió, lo formó humanamente, le enseñó la oración y lo hizo un buen trabajador en el oficio, así la Iglesia que peregrina en la tierra se sabe protegida por san José que intercede para que no deje de ser fiel a Jesucristo ni de dar testimonio, para que persevere en las dificultades y persecuciones, que sea un hogar abierto, como Nazaret, donde todo el mundo encuentre acogida, una mano amiga, consuelo en las tribulaciones, misericordia ante los errores, alimento sólido en la Palabra y los sacramentos. Todo esto, lo tenemos que hacer vida, también, en nosotros, tal como nos pide el tiempo cuaresmal.

Alabemos, pues, al hombre justo y bueno que fue José. Alabemos a Dios que le confió una vocación tan sublime y delicada como la de introducir a Jesús en el linaje de David y de formarlo humanamente. La personalidad humana de Jesús debe mucho a la manera de ser de san Josep.

Alabemos a Dios que nos da a san José como modelo de fidelidad humilde y generosa por amor al plan divino de salvación, que nos lo da como protector de la Iglesia, el Pueblo de la nueva alianza del que hemos sido llamados a formar parte.

La Eucaristía que estamos celebrando nos ofrece la presencia sacramental de Jesucristo. Acojámoslo con fe y con alegría como San José lo acogía cada día en el calor familiar de Nazaret bajo la mirada llena de amor de Santa María.